



Salvador Allende, una reinterpretación del mito

Salvador Allende, a reinterpretation of the myth

Alfredo Sepúlveda-Cereceda ¹  <https://orcid.org/0009-0002-2628-7081>

¹ Universidad Diego Portales , Facultad de Comunicación y Letras, Santiago, CHILE.

 alfredo.sepulveda@udp.cl



Resumen:

El último discurso de Salvador Allende marca el inicio del mito y de su legado político, que se debate entre: la visión de Allende como un líder socialdemócrata adelantado a su tiempo, intentando llevar a cabo un proceso socialista por vías pacíficas y legales, y la percepción de él como un revolucionario totalitario. La "vía chilena al socialismo" tenía como objetivo traspasar la riqueza de la burguesía a los trabajadores, pero su implementación enfrentó desafíos legales y violencia que serán abordados en el presente ensayo.

Palabras Clave: Unidad Popular; legado político; vía chilena al socialismo; golpe de estado.

Abstract:

Salvador Allende's last speech marks the beginning of his myth and political legacy, which is debated between two perspectives: one that sees Allende as a forward-thinking social democrat, striving to achieve socialism through peaceful and legal means, and another that views him as a totalitarian revolutionary. The "Chilean road to socialism" aimed to transfer wealth from the bourgeoisie to the workers, but its implementation encountered legal obstacles and violence, both of which will be discussed in this essay.

Keywords: Unidad Popular; political legacy; chilean road to socialism; coup d'etat.

Fecha de recepción: 07 de junio de 2024 | Fecha de aceptación: 02 de septiembre de 2024

Introducción: El mito de Salvador Allende

El último discurso de Salvador Allende es algo que conviene analizar desde el punto de vista de la evidencia, pero también en sí mismo. Este hecho de la oralidad, transmitido a través del moderno sistema de comunicación de masas que existía en 1973, y que sobrevivió, también gracias a la tecnología de la modernidad a la represión brutal que experimentó la izquierda chilena, es un acto político a la vez que poético. Es decir, a la vez que es un hecho histórico que hace referencia a un pasado reciente, es una interpretación personal del pasado reciente que hace el presidente. Es la primera a la que se le ha prestado menos atención. El discurso, a mi juicio, es el inicio del mito de Salvador Allende, un presidente sobre el que caen “todos los caudalosos ríos de la historia” en un momento único y ojalá irrepetible de nuestra historia (véase Sepúlveda Cereceda, 2020), uno en el que el cambio de régimen a través de una revolución violenta termina con la vida del propio presidente de la República, acaso la figura republicana más importante y trascendente de nuestro sistema político.

A partir de entonces, Salvador Allende dejó de ser lo que fue y devino en lo que otros, muchos, quieren que sea, como bien ha documentado Daniel Mansuy Huerta (2023). Desde un punto de vista estrictamente histórico, existe una gran cantidad de bibliografía sobre Salvador Allende, el golpe de Estado y la Unidad Popular, entre la que destacan los trabajos de Joaquín Fernando Huerta (2015) y de Jorge Magasich Airola (2020). Este trabajo no tiene un carácter de análisis historiográfico, de modo que sirvan estos ejemplos para consignar esta tradición.

El referido mito tiene dos o tres aristas en las que creo que vale la pena detenerse. La primera es la dimensión socialdemócrata; es decir, quien pone fin a su propia vida el 11 de septiembre de 1973 es una especie de santo laico que encarna al sistema democrático que le encargó la misión de ocupar esa oficina, ese cargo, hasta 1976. Se podría decir lo mismo de cualquier presidente chileno. Lo que es especial en Salvador Allende es que esta característica “socialdemócrata” está de alguna manera adelantada a su tiempo: se trata de un político que por vías pacíficas y legales intenta llevar adelante un proceso que terminará en un modelo de socialismo marxista. Ya nos detendremos en esta idea más adelante. Por lo pronto, y a diferencia de los socialdemócratas que vinieron después, Allende tiene la particularidad de encarnar, para su sector, la tríada sagrada “izquierda - pueblo - nación”. Esta es una idea que es casi constitutiva al nacimiento de la izquierda en Chile, una suerte de repulsa del ideal republicano del siglo XIX por una idea de ampliación de la representatividad del sistema político a nuevos sectores sociales. Estos nuevos sectores sociales, dice la narrativa, en vez de lanzarse al monte como lo hizo Fidel Castro y el Che Guevara, intentaron construir un proyecto de sociedad adelantada a su tiempo, con mínimos civilizatorios de justicia social, bajo banderas paradójicamente liberales: libertad, democracia y pluralismo. Excepto que Allende no era ningún liberal.

Entra aquí, entonces, la segunda dimensión del mito: El Allende totalitario. El presidente fue, es, sería, un héroe revolucionario, que busca lo mismo por otros medios (Henríquez Ordenes, 2013), cómo le dedicó el propio Che Guevara al presidente al autografiar el libro *Guerra de guerrillas*. ¿Quién es Allende en esta visión? Un “verdadero” líder del pueblo, que no entra en componendas ni compromisos, cuyo objetivo era arrebatar poder a los poderosos de siempre y entregarlo al pueblo. Es decir: la Unidad Popular fue un camino propio para llegar a cumplir, en forma efectiva y real, con las promesas de igualdad y justicia social que encarnó la izquierda latinoamericana. “En forma efectiva y real” es, en clave de los años setenta, una experiencia revolucionaria como Cuba, que había logrado grandes avances sociales (o eso se suponía) reprimiendo las libertades públicas y violando derechos humanos.

1. La “vía chilena al socialismo”

La vía chilena al socialismo fue el proyecto político del gobierno que lideró Salvador Allende. Decir “chilena” tiene un significado, porque era una manera de decir “distinta” a la que Allende venía recurriendo al menos desde 1966, año en el que, en La Habana, no dudó en alinearse con la línea argumentativa de todos los movimientos guerrilleros del mundo, aunque con un matiz: sería Chile y los chilenos quienes determinarían cómo se llevaría a cabo efectivamente esa revolución violenta que implementaría el socialismo

Es decir, la meta de la “vía chilena al socialismo” era la misma de la vía cubana o la norvietnamita: traspasar la riqueza del país de una clase social a otra: de la “burguesía” a los “trabajadores”. Esta manera de llegar al socialismo no debe ser confundida necesariamente con una cierta inclinación a reducir o eliminar la pobreza, aunque tampoco se debe descartar. Los socialistas chilenos no cargaban sobre sí la impronta de la vieja caridad católica que sí tenían los demócratacristianos. Se trataba, en términos estrictamente marxistas, de una clase social, los trabajadores, que constituía el pueblo, o la mayor parte de él.

Así, la vía chilena al socialismo era un modo, no una meta; una estética más que una ética, un camino más que un destino. El modo de alcanzar el socialismo sería a través de un “gobierno del pueblo” que no se iba a ir a la montaña a dispararle a los ricos, sino que los enfrentaría en el Congreso nacional, donde obtendría sonoros triunfos legislativos: nuevas leyes, nuevas interpretaciones de las leyes y una nueva constitución (*Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular*, 1970).

Hay una frase que a lo largo de los años se ha usado para definir este camino: “una revolución con empanadas y vino tinto”. Ella se aleja del concepto de conflicto y violencia que implica todo cambio político de esta magnitud, nada más y nada menos que un cambio de régimen. Por el contrario, da la idea de un plácido almuerzo

dominical en primavera, en que los contertulios están más interesados en controlar el asado que a los ricos y más pendientes de expropiar el vino al dueño de casa que la casa misma. Pero estas palabras no significaron esto, ni quisieron significarlo en ningún momento.

Si hay algo que no se le puede achacar a Salvador Allende es haber sido poco transparente en sus propósitos revolucionarios. La frase exacta pronunciada por el presidente es: "Mientras la revolución cubana es con ron y caña de azúcar, la chilena será con empanadas y vino tinto". Fue una salida de relaciones públicas, de comunicación política, que surgía una y otra vez durante los primeros meses de su gobierno, sobre todo de periodistas latinoamericanos. ¿Era su gobierno "verdaderamente" revolucionario?, es decir, ¿Salvador Allende estaba dispuesto a implementar dinámicas fuera de la tradición democrática "burguesa" para resolver lo que los cubanos resolvieron desde el primer día a través de la violencia militar? Aquello que los cubanos resolvieron era la cuestión del poder. Y hay que tener claro que, efectivamente, los propios revolucionarios cubanos, partiendo por Fidel Castro, no confiaban en esta idea paradójica de una revolución que no iba a usar las armas, sino las leyes y el sistema "burgués" para llegar al socialismo.

La frase de Allende es ambigua. Él sabía perfectamente que no podía ser concreto respecto a esta pregunta. Pero no nos confundamos. Como veremos, si hay otra cosa de la que no se le puede acusar a Allende es de haber sido un partidario de la guerra civil como mecanismo de resolución de la cuestión del poder. En varias oportunidades disputó retóricamente esta idea con sus compañeros más extremos. También veremos que no lo hizo, quizá, con la suficiente fuerza como para que quedara aquello impreso en la mente y en el recuerdo de quienes se le opusieron. Pero esta misma ambigüedad que hay en las ideas de las empanadas, el vino, el ron y el azúcar da cuenta de algo que es innegable: la vía chilena al socialismo conduce al socialismo, y a la modalidad marxista de él, aunque la planificación implica que el enfrentamiento entre las clases sociales habría de ocurrir en el Congreso. Las empanadas y el vino no negaban, sino que reafirmaba el carácter revolucionario de la vía chilena al socialismo.

2. ¿En qué creía Salvador Allende?

Salvador Allende no creía en la "moderación". En comparación con ciertos compañeros de ruta (como Altamirano, Enríquez o Garretón), por supuesto que exhibió una estrategia distinta: la "vía chilena". En cambio, sus contradictores en la izquierda estaban por un modelo "por fuera", de superación del Estado burgués y sus limitaciones para concretar la revolución. La guerra civil no era una alternativa, pero sí lo era la movilización social y el empoderamiento de grupos paraestatales de trabajadores, el llamado "Poder Popular". Por el contrario, el presidente consideraba

que todo lo que implicara movilizar a la izquierda por fuera del Estado era contrarrevolucionario y bastante tonto: el pueblo había obtenido en las urnas una victoria en la que el primer marxista de la historia humana llegaba al poder a través del voto popular democrático y legítimo: aquello no se podía menospreciar con poderes paraestatales, como si el triunfo que llevó a Allende a La Moneda no hubiera ocurrido. Sin embargo, Allende tenía tan clara su misión como sus colegas del Partido Socialista. No estaba ahí solamente para caminar al socialismo y devolverse. Estaba para hacer una revolución socialista y concretarla.

Es dable preguntarse: ¿Cómo iba a ser Chile en 1976? El programa de la UP da pistas: una nueva constitución, con Congreso unicameral. Un nuevo poder judicial, subordinado a aquella cámara (la "Asamblea del Pueblo"). Y las cuatro grandes metas políticas que se fijaba implican una transformación completa y radical del sistema, nunca vista, y tampoco después, toda vez que, ni en la Convención Constituyente de 2021-2022, se intentó: la nacionalización del cobre, la estatización del sistema bancario, el fin del latifundio y la conformación de un área muy relevante de empresas en manos del Estado. Hay que reparar no sólo en la magnitud de estas metas, si se compara con cualquier periodo anterior en la historia de Chile, sino en que, por las buenas o las malas, todas ellas fueron realizadas.

La nacionalización del cobre contó con la aprobación transversal de la clase política, incluida la derecha. Ante la perspectiva de una expropiación, los accionistas de bancos vendieron sus acciones al gobierno. Estas metas fueron realizadas "por las buenas", es decir, en sujeción a la constitución y a las leyes. En cuanto a la reforma agraria y la conformación de un grupo de empresas del Estado, estos objetivos fueron obtenidos tanto por métodos legales como por métodos que estaban al borde la legalidad, que la estiran como chicle o que, derechamente, la violaron. Las leyes de reforma agraria, por ejemplo, fueron ampliamente superadas por la violencia en el campo y las tomas ilegales de terreno. La conformación de un grupo de empresas del Estado tuvo la misma característica: tomas de fábricas y empresas por parte de trabajadores partidarios de la Unidad Popular; para que el gobierno terminara aplicando una legalidad debatida: los famosos "resquicios legales".

Pero sea cual fuere el camino, en septiembre de 1973 la Unidad Popular había nacionalizado el cobre, la banca, ya no existían los latifundios y el Estado tenía una gran cantidad de empresas bajo su control. Se había producido de facto el hecho político de haber obtenido todo lo que se propuso sea, como ya se dijo, por las buenas o por las malas. De hecho, desde el punto de vista del gobierno, solo quedaba asegurar la legalidad del área de la propiedad social, y esta estaba de alguna manera servida en un proyecto de ley demócratacristiano: la ley Hamilton-Fuentealba, que en lo único que se diferenciaba de los deseos del gobierno era que ponía al Congreso, y no al presidente de la República, como el gran tomador de la decisión de qué empresas

había que expropiar. Esto resultó inaceptable para la Unidad Popular, y generó una tensión política que nunca se resolvió, o se resolvió con el golpe de Estado. Pero si el gobierno hubiera cedido, y aceptado la propuesta, hubiera tenido canasta completa.

Salvador Allende no creía solamente que el sistema político vigente debía cambiar, sino que debía morir. Esto es muy importante: se lo dice a la oposición y especialmente a la derecha, en sus mensajes presidenciales. ¿Qué había para la derecha en el sistema político que la Unidad Popular pretendía crear? Pues la respuesta es bien simple: nada. Nada, salvo una suerte de garantía que el cambio iba a ser, desde la acción de la izquierda, sin violencia. Pero para ello Allende planteaba un imposible: que la derecha chilena estuviese dispuesta a firmar su propia acta de defunción.

Como buen político, las matemáticas no eran el fuerte de Salvador Allende: no iban a tener mayoría en el Congreso para hacer esos cambios. Pero esto no era tan claro en el año 1970 o 1971. Todo dependía de la confianza de la Democracia Cristiana en su proceso. No en vano, en ese año, Patricio Aylwin definía a su partido como uno "socialista", aunque pluralista. Es decir, existía tanto en el sistema político, como probablemente en la sociedad chilena, una mayoría proclive al menos a una participación mayor y decisiva del Estado en la idea de "transferir" riqueza de una clase social a otra. Pero ya en el año 1967 el propio Allende había descartado la idea de la revolución "falsa" que significaba el gobierno del presidente Frei Montalva.

Otro aspecto importante en la mentalidad de Salvador Allende es su posición con respecto a la violencia política. Ya en el año 1966, en La Habana, había dado cuenta frente a sus colegas de lo que después sería la Organización Latinoamericana de la Solidaridad y que las guerras revolucionarias no eran adecuadas a Chile dado su nivel de desarrollo político. Es decir, no hay un rechazo ético al camino armado, sino estratégico: ha sido, sostiene Allende, necesario en Vietnam y Cuba; Chile tiene otro camino. Esta idea tapa de alguna manera una creencia que es constante en Allende: la violencia armada revolucionaria es una que en Chile no solo carece de sentido, sino que se perderá. Esta idea es muy importante, pues tiene un grado de desarrollo en el discurso presidencial -al menos, en el que ha llegado hasta nosotros-. Porque parece ser que después del paro de octubre de 1972, Allende adquiere la convicción, ya no sólo utilitaria, de que la violencia no es conveniente para el país, sino que significa una catástrofe superior, acaso, a los frutos que se podrían recoger de la vía chilena al socialismo. Pareciera ser que en la medida que se acerca el fatídico septiembre de 1973, Allende tiene a mano la experiencia del presidente Balmaceda, la guerra civil de 1891, y ciertamente no la quiere repetir bajo ningún argumento.

Lo anterior queda, quizás, encapsulado en el propio presidente. Porque a los partidarios de la vía armada no los condena, encapsula ni debilita. No hace del "Poder Popular" su adversario. Por una parte, porque ha sido el Poder Popular quien lo ha

salvado de caer en el paro de octubre de 1972. Por otra parte, porque está imposibilitado de abrir otro frente de oposición, esta vez por su izquierda. A lo más, intenta administrar, como recientemente se ha develado con respecto a la pauta de entrevistas de radio Portales, que era controlada desde La Moneda al menos en varias ocasiones para restar presencia en la opinión pública al Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

Por último, hay un aspecto de Allende que es, si se quiere, moderno antes que posmoderno. Allende no es un político en el sentido actual: un observador y reaccionar a encuestas, alguien que se deja llevar por el río de la opinión pública. En la Unidad Popular el hecho de ser minoría electoral fue siempre anecdótico. Él estaba en La Moneda para cumplir el mandato que el pueblo le dio, y que estaba refrendado por la Constitución y se acabó: eso es lo que iba a hacer.

3. ¿Tiene Allende responsabilidad en el quiebre de la democracia?

La tiene directamente en virtud de su cargo: es un presidente de la República en un régimen absolutamente presidencial. Asimismo, es válido preguntarse: ¿Fue la vía chilena al socialismo la responsable de la crisis? En muchos sentidos, sí; de acuerdo con lo expresado anteriormente, en su carácter político minoritario, esta fue la base de la renovación que el socialismo chileno experimentó en el exilio a finales de los años setenta.

Sin embargo, si observamos las circunstancias, el consenso sobre el estado de compromiso, democracia desarrollista, o como se le quiera llamar a la democracia que existió hasta 1973, está roto desde mucho antes. Es decir, ya hacía un rato que había gobiernos que no se resignaban a ser simples administradores, como lo fueron los radicales, como lo sería la Concertación, y que levantaban propuestas minoritarias, pero absolutas, sobre todo Frei Montalva.

Pero, desde luego, esto es un análisis parcial. Son los militares quienes le dan una suerte de certificado de defunción al sistema, y no lo hicieron solos, sino apoyados por un sector político relativamente amplio. Es evidente que el golpe no es solamente contra el poder ejecutivo: el "golpe" de la tarde, ejecutado mediante un simple comunicado de prensa, es el cierre del congreso "hasta nueva orden", es decir, contra el poder legislativo en el que la oposición a la unidad popular era mayoría.

La izquierda tiene razón cuando argumenta que hubo un asedio sedicioso al gobierno de la Unidad Popular. En mi libro he documentado más de una decena. El gobierno de la Unidad Popular sobrevivió a dos golpes de estado fallidos: el de la Agencia Central de Inteligencia estadounidense (en adelante CIA), que culmina con el

asesinato del general Scheneider en octubre de 1970, y el “Tanquetazo” de fines de junio de 1973. El paro de octubre de 1972 tuvo, sin duda, articulación opositora y dineros de la CIA involucrados.

Otra actividad sediciosa incluye los planes “marzo” y “septiembre”, desarticulados por los servicios de inteligencia del Ejército; las declaraciones y acciones del general Alfredo “Macho” Canales y del coronel Alberto Labbé, las articulaciones entre el almirante Merino y el grupo que controlaba El Mercurio en lo que se conoció como la “Cofradía Náutica”, las acciones del entonces presidente de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA), los movimientos dentro de la Armada que fueron denunciados por los suboficiales, y que finalmente derivaron en la acusación por sedición contra los líderes del Partido Socialista, el Movimiento de Acción Popular Unitaria y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

El mito de Allende como santo laico pone a todas estas instancias en un análisis antes ético que histórico. Pero si uno mira el período con cuidado, puede entender que este asedio sedicioso corresponde a que la oposición tiene una perspectiva, bastante real, de que hacia 1976 habrá alguna modalidad más o menos radical de socialismo marxista como rector de la vida política y social. Esto, que Allende interpretaba como mandato soberano, para la oposición siempre fue un *casus belli*.

No deja de ser interesante observar todo esto en el marco de una polarización de la vida social. Así como el Poder Popular buscaba superar a la vía chilena al socialismo desde fuera del Estado, hubo una oposición desleal que toleraba o aceptaba acciones sediciosas que buscaban destituir al gobierno desde fuera de la democracia. Pero las acciones de la oposición también se daban en el marco constitucional, a través de decenas de acusaciones constitucionales a ministros e intendentes y, sobre todo, a través de la estrategia política de la destitución constitucional. Era una ilusión, aunque en términos de comunicación política fue lo que la oposición “vendió” en las elecciones legislativas de marzo de 1973¹. En este sentido, ya que no pudo obtener el guarismo, la cuestión reapareció en agosto de 1973 con la famosa declaración de la Cámara de Diputados que pedía a los ministros militares del presidente Allende que actuaran de alguna forma.

Para entonces no se podía decir que el ejecutivo no hubiera hecho nada para aliviar la presión política, violencia y polarización que –todo el mundo lo afirmaba– conduciría al golpe de Estado o la guerra civil. El gobierno había abierto dos oportunidades de negociación con la Democracia Cristiana, había incorporado dos veces a militares al gabinete, había promulgado y aplicado la ley de control de armas,

¹ La conformación de los dos tercios opositores en el Senado que aprobarían la destitución del presidente Allende era, en la práctica, muy difícil de obtener. Dado que el Senado se renovaba por mitades, para la elección de marzo del 73 la oposición debía obtener cerca del 70% de los escaños que efectivamente se disputaban (Ver Sepúlveda, 2020)

la mayoría de las veces en industrias tomadas por el Poder Popular, y había prescindido de intervenir frente a las graves denuncias de torturas al interior de la Armada contra marineros que intentaban prevenir un golpe de sus superiores contra el gobierno (y que a la postre probarían ser torturas reales).

Pese a todo esto, Salvador Allende nunca aclaró su posición frente al Poder Popular, que era lo que la oposición, sobre todo la Democracia Cristiana, le solicitaba. De hecho, la reivindicación del carácter revolucionario de la Unidad Popular fue mantenida siempre, lo que para la oposición era sencillamente intolerable. Baste mirar los mensajes presidenciales del 21 de mayo, la polémica en que el presidente Allende se enfrascó con la Corte Suprema, en la que reivindicó la idea de una “nueva” justicia, una de clase; la prescindencia de acción frente a ilegalidades evidentes, específicamente las tomas de campos e industrias; el limbo constitucional en el que permanecía la conformación del área de la propiedad social, el “frenazo” que el presidente dio a los allanamientos por ley de control de armas en septiembre de 1973; y por supuesto, la mantención de la ideología por sobre la eficiencia técnica en la crisis económica.

Salvador Allende, una reinterpretación

¿Cuál era la situación real, basada en estricta evidencia y no en opiniones, la noche del 10 de septiembre de 1973? Ya era imposible la salida política. Esta, a finales de agosto, hubiera podido tener la característica de un golpe “blando” con renuncia presidencial voluntaria, o un gabinete con la Democracia Cristiana y militares en las subsecretarías, o –como Allende quiso en los últimos días de su vida– un plebiscito posiblemente sobre la continuidad del gobierno. En todos los escenarios la salida política implicaba el fin de la Unidad Popular tal y como se conocía hasta entonces, es decir, alguna clase de quiebre entre el polo del poder popular y el de la vía chilena al socialismo.

Incluso la noche previa al golpe el presidente de la República no tenía opciones, y por lo tanto no tenía poder. Esto puede explicar una especie de anestesia en el gobierno y en sus partidos frente a lo que sabían que venía. Había, en la opinión pública y en la clase política, una percepción de inminencia de guerra civil o de un golpe de Estado. Dadas las características de violencia política y terrorismo de Estado que tuvo la dictadura, este hecho se ha estudiado poco y se ha borrado de la memoria. Pero cualquier persona que vivió esos años con conciencia, puede atestiguar. Y dadas las circunstancias, condiciones y declaraciones que cruzaban el tóxico cielo de la política chilena en septiembre de 1973, no se trataba de especulaciones exageradas.

Los propios militares constitucionalistas que se agrupaban en torno al comandante en jefe, general Carlos Prats, entre los que estaba el general Augusto Pinochet, eran de la idea de que un golpe de Estado podía devenir en guerra civil si

los militares se dividían entre rebeldes y defensores. Esta tesis era compartida por el jefe del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, Miguel Enríquez. Pero desde su perspectiva llamaba a que esto, de ocurrir, debía ser asumido por la izquierda junto con los suboficiales y oficiales constitucionalistas; en el ejército se veía simplemente como un no absoluto. Por eso el alto mando cercano a Carlos Prats termina renunciando antes del 11 de septiembre de 1973. Era mejor no defender al gobierno, irse, que ser parte de una guerra en la que estimaba iba a haber un millón de muertos (González Mujjica, 2012). Entre guerra civil y golpe, pensaban ellos, era mejor un golpe.

Por otra parte, está la dimensión retórica de todo esto. Existía en la oposición la convicción más absoluta de que en el Poder Popular se había acumulado un arsenal de armas suficiente como para generar un frente militar real. Hay que decir que esto probó ser falso. Había poder de fuego, pero jamás el suficiente como para hacerle frente a unas Fuerzas Armadas profesionales. Pero a la izquierda no le convenía ni estaba interesada en que se supiera la real dimensión de sus esfuerzos paramilitares. De alguna manera, que la oposición la viera como un actor militar le daba un poder que de otra forma no hubiera tenido. La presencia de armas en la izquierda, en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, en el Partido Socialista, en el Movimiento de Acción Popular Unitaria, y en menor medida en el Partido Comunista, existía bajo la estrategia de sumarse, en caso de conflicto, a las fuerzas militares profesionales que apoyan al gobierno, no como un ejército obrero que se enfrentará a las Fuerzas Armadas establecidas.

Tal vez este es el momento en que Allende abandona “la política” y se vuelca a “lo político”. Desde luego, esto tiene un grado de tragedia, comedia y paradoja. Más allá de lo personal, el político que es Salvador Allende entiende que ese proyecto concreto que se llama Unidad Popular ha fracasado irremediablemente. Su actuar se torna fatalista, pero a la vez trascendente. Es, quizás, el único político que logra mantener la calma (la que viene del conocimiento de su propia condena y fracaso) y así captar la magnitud de lo que vendrá: que no será una guerra civil, sino un golpe de Estado, pero que ese golpe no será igual que los otros que había habido en la historia de Chile.

La mañana del 11 de septiembre está en consonancia con lo que hasta entonces habían sido los golpes y los intentos de golpes de Estado chilenos en el siglo XX. Lo primero que hacen los rebeldes es solicitar la renuncia del presidente de la república. El último golpe exitoso, el de los socialistas de 1932, había conseguido la renuncia del presidente Montero.

Pero con la decisión presidencial de no renunciar entramos a un territorio distinto e inédito, en el que las fuerzas golpistas van a prevalecer sobre sus enemigos exclusivamente sobre el argumento de la fuerza de las armas. No habrá una “continuidad legal” sobre la que instalarse, ni un vacío legal que llenar. Las Fuerzas

Armadas tendrán que argumentar, retóricamente, sin bases empíricas, que fueron llamadas por la ciudadanía. Y esto puede ser cierto... o no, lo que constituirá un problema para ellas.

Por mientras, Allende va a continuar esa mañana en "lo" político. La política ya no tiene sentido. Esto queda muy marcado en la recepción que el presidente le da al enviado del Partido Socialista que intenta sacarlo de La Moneda. Allende le espeta a su interlocutor que el propio partido en el que el presidente milita nunca le ha consultado nada. El mandatario corta la reunión con un "hagan lo que quieran".

El summum de "lo" político es el discurso que se conoce como "el último discurso", transmitido por radio con los aviones de la Fuerza Aérea sobrevolando el palacio de gobierno, en el que no hay referencias a marxismo, Unidad Popular, la izquierda o el socialismo. Los ejes narrativos de esta pieza retórica son tres: trabajadores, pueblo y Constitución.

Es importante relevar que no estamos aquí ante un presidente "normal": es un presidente que se enfrenta a verdades filosóficas profundas porque presencia su propia muerte y que adquiere un sentido profundo de la historia, porque sabe que esa mañana es uno de los raros momentos que se recordarán probablemente para siempre; es, también, un político que, literalmente, no tiene miedo a las balas (tal como en Bernardo O'Higgins, hay un cierto desprecio por la muerte en el campo de batalla). Esto puede explicar la frase "siempre estaré con ustedes" y una suerte de maldición eterna sobre los generales "titulares", "rastreros" y "auto designados". Nótese que, de los cuatro generales que esa mañana se han alzado, Allende menciona con nombre y apellido solo a dos: el almirante José Merino y el general Mendoza. Los otros dos, Pinochet y Leigh, no aparecen. Son, precisamente, los generales "titulares", es decir, los nombrados por Allende de manera legal y constitucional. Acaso el mandatario considera que la traición de ellos es mayor que la de los otros (simples usurpadores), y, por lo tanto, no merecen un lugar en la historia.

Y aquí viene algo que, a mi juicio, no se ha reparado lo suficiente. El último discurso de Salvador Allende se trata, realmente, de una reivindicación del viejo sistema democrático chileno, del valor de la constitución –o de una constitución– no solamente como eje rector del comportamiento político, sino casi como una guía de comportamiento moral. Esto, en la práctica, explica, acaso, su desprecio por la posición minoritaria de la Unidad Popular, el mandato constitucional es tan grande, tan inmenso, que copa todo lo demás.

¿Por qué se suicida Salvador Allende? ¿Qué lo hace rechazar la vida en forma de exilio que le ofrecían sus enemigos? Para mí, es un misterio que nunca resolveremos considerando que ya en los días previos había estado dispuesto a quebrar a la unidad popular para evitar el golpe.

La evidencia - el discurso - por lo menos a mí me dice que, si lo obligan a elegir (y eso es el ataque a La Moneda) elige la constitución, es decir, los viejos hábitos y costumbres de la democracia representativa "burguesa" que él quería modificar hasta límites irreconocibles. ¿Es un arrepentimiento? Sería mucho decir. Pero es un gesto contundente e irrepetible; que de inmediato eleva a un presidente que había tenido un desempeño mediocre y polémico a un plano distinto del resto de la historia de la política chilena.

Entonces, en el último minuto, en el último segundo, por decirlo de alguna manera, tenemos el último discurso: una especie de constitución eterna en el que el valor de los procedimientos democráticos está por encima de los avatares de la política e incluso de los proyectos políticos.

No estoy diciendo que Allende haya dejado de ser de izquierda: las "grandes alamedas" son un concepto de izquierda; pero sí me atrevo a pensar que hay una elección en él. Y que a pesar de que son "solo palabras", lo son mientras truenan los Hawker Hunter y las ráfagas de metralleta impactan La Moneda (y después el propio presidente tomará un arma para defender lo que considera es el mandato legítimo, constitucional y popular). Es decir, son más que palabras. El discurso "arrebata" a Allende de la izquierda y lo proyecta en un carácter universal. Por lo menos yo me quedo con la idea de que, pase lo que pase, en Chile los presidentes deben entrar y salir de La Moneda mediante el voto del pueblo soberano, y que cualquier otra modalidad es el horror que Salvador Allende no estuvo dispuesto a vivir.

Reconocimientos

Este artículo se basa en la presentación del mismo nombre que fue expuesta en el Seminario "50 años Golpe de Estado de 1973: Causas y Consecuencias", organizado por la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad Católica del Norte, en la ciudad de Coquimbo, el 8 de septiembre de 2023.

Referencias Bibliográficas

- Fernandois Huerta, J. (2015). *La revolución inconclusa. La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular* (5a ed.). Centro de Estudios Públicos. <https://bit.ly/48eANK4>
- González Mujjica, M. (2012). *La conjura: Los mil y un días del golpe*. Catalonia.
- Henríquez Ordenes, F. (2013). *Compañero presidente: Entrevista de Régis Debray a salvador allende gossens (1971)*. [Video]. YouTube. <https://youtu.be/NeNel9BXII?t=1048>
- Magasich Airola, J. (2020). *Historia de la Unidad Popular* (Vols. 4). LOM.
- Mansuy Huerta, D. (2023). *Salvador Allende. La izquierda chilena y la Unidad Popular: La izquierda chilena y la Unidad Popular*. Taurus.
- Programa básico de gobierno de la Unidad Popular: 40 primeras medidas del gobierno popular: 20 primeras medidas agrarias*. (1970). <https://bit.ly/3A51405>

Sepúlveda Cereceda, A. (2020). *La Unidad Popular: Los mil días de Salvador Allende y la vía chilena al socialismo*. Sudamericana.

Para citar este artículo bajo norma APA 7

Sepúlveda-Cereceda, A. (2024). Salvador Allende: una reinterpretación del mito. *Cuadernos de teología – Universidad Católica del Norte (En línea)*, 16:e6557. <https://doi.org/10.22199/issn.0719-8175-6557>



Copyright del artículo: ©2024 Alfredo Sepúlveda-Cereceda



Este es un artículo de acceso abierto, bajo licencia Creative Commons BY 4.0.